

Santiago Burutxaga

Las guerras culturales de la ultraderecha

Galde, 42, Otoño de 2023.

I.- VUELVE LA CENSURA. Quizá nunca desapareció del todo, pero la irrupción de Vox en gobiernos autonómicos y municipales ha sido estruendosa. En dos meses de programación cultural, y sin ser exhaustivos, caen de la cartelera teatral, «por razones presupuestarias», Orlando de Virginia Woolf, El mar, historia de un maestro republicano fusilado por el franquismo, o La infamia, donde la periodista Lydia Cacho narra su secuestro en México por investigar los vínculos entre redes mafiosas de pederastia y corrupción política. La inquina censora va de lo intolerable a lo ridículo pasando por lo incomprensible: suspenden (y luego rectifican) una reescritura de Romeo y Julieta de Shakespeare, retiran de las calles los bancos pintados de arco iris en Galapagar, expurgan en la biblioteca de Burriana revistas editadas en valenciano, en un pueblo de Cantabria no se proyecta la película infantil de animación Lightyear porque dos mujeres se besan y la manida acusación al cine español de ser un sector parasitario entra en la campaña electoral de la mano de Vox. Si ampliamos el foco, los ultraderechistas anuncian medidas y cambios legislativos contra los derechos LGTBI, las políticas medio-ambientales, la protección de las mujeres frente a la violencia machista, la inmigración ilegal, la Ley de Memoria Democrática, el feminismo en general, y demás males que, en su opinión, están destruyendo la nación española.

En paralelo, en Extremadura incorporan la tauromaquia y la caza a dos direcciones generales hechas a medida de Vox. Los mismos, al frente de la Consejería de Cultura de Castilla y León, destinan a «acciones taurinas» una cantidad diez veces superior que a música, cuyo presupuesto reducen un 75%. La misma Consejería elimina la partida para «literatura y libro» pero subvenciona la protección de símbolos franquistas por ser «testimonios fehacientes de la historia». Instalándose en la provocación extravagante, contratan para las fiestas de Murcia y Teruel El bombero torero, espectáculo taurino prohibido por ley.

II.- POLÍTICAS CON IDEOLOGÍA. Cabe preguntarse si lo anteriormente expuesto responde a fobias y filias particulares de ediles inmaduros e inexpertos o son parte de una política preconcebida. ¿Es esta la política cultural de Vox? Es relevante saberlo puesto que se ha incorporado al gobierno de varias autonomías, importantes ciudades y unos 140 municipios. En muchos de ellos ha reclamado las competencias de cultura, que el PP desdeña por considerar que es un área monopolizada por ideas de izquierda. Esta es precisamente la razón por la que a Vox le interesan. Sin una alternativa económica diferenciada al proyecto neoliberal del PP, el partido ultraderechista quiere marcar su territorio en la lucha cultural para lograr una hegemonía que le lleve a la conquista del poder. Es paradójico que los adalides del anticomunismo se apropien –aunque sea en parte– del pensamiento del marxista Gramsci.

Para Vox, como para la mayoría de los movimientos de ultraderecha mundial, la sociedad occidental, anestesiada por el marxismo cultural que impregna el feminismo, el ecologismo, el ateísmo y el multiculturalismo, se dirige hacia un futuro totalitario de pensamiento único. Es lo que Abascal denomina «dictadura progre», similar a lo que Trump llama «dictadura de lo políticamente correcto». A esta conspiración se añadiría el «gran reemplazo», teoría

acuñada por el escritor francés Renaud Camus según la cual existe un plan de la élite globalista para acabar con la raza blanca y la cultura cristiana mediante la inmigración y el Islam. En la reciente precampaña electoral, Vox ha difundido anuncios que alertaban de que «en 2070 ya no habrá familias españolas». Ante este futuro apocalíptico, se trataría de recuperar un momento original de la nación rescatándola de las manos de la izquierda y de los extranjeros inmigrantes. Esta reconquista es la que de manera simbólica protagoniza Abascal al comenzar sus campañas en Covadonga bajo el manto protector de La Santina y la estatua de Don Pelayo. La mixtificación de la historia es uno de los rasgos característicos de los movimientos ultranacionalistas.

El programa electoral de Vox no ha sido muy explícito en medidas culturales. La acción ha ido por delante del pensamiento. Reitera el apoyo a la tauromaquia, a los símbolos españoles y a la protección del patrimonio histórico-artístico tradicional. El rechazo a la modernidad y la reivindicación de una cultura popular tradicional genuinamente nacional, sería otro rasgo común del pensamiento ultraconservador. Ya en campaña, Abascal ha clamado contra el «wokismo» izquierdista, que censura ideas contrarias, y ha denunciado el elitismo de la cultura oficial. «No hemos venido -dice- a continuar ni a respetar el secuestro de la cultura por unas falsas élites que rediseñan una sociedad según sus caprichos e intereses». Es el Vox más duro -el de los falangistas e integristas cristianos- que rompe los consensos sociales para diferenciarse, generar contradicciones en la «derechita cobarde» y lograr notoriedad.

III.- QUITARLE EL AGUA AL PEZ. Frente a los desmanes, un PP maniatado deja hacer. Incómodo, ve cómo el radicalismo de Vox se traduce en apoyo a la izquierda. El relativo batacazo electoral también estará haciendo pensar al partido ultra sobre la idoneidad de su apuesta maximalista. La movilización de la sociedad civil de izquierdas – asociaciones de mujeres, sindicatos, artistas, intelectuales- ha sido determinante para contrarrestar en las urnas el empuje de la ola derechista que sugiere un cambio de época en el mundo.

Es difícil que el extremismo cultural de Vox y su integristismo moral (aborto, eutanasia, matrimonio homosexual) penetre, con sus formas actuales, en amplios sectores de la población. Se tiende a pensar que la mayoría social está menos polarizada que su clase política y que los últimos cuarenta años han asentado valores democráticos y tolerancia frente a nuevas ideas e imaginarios sociales. Sin embargo, junto a esto, hay que considerar que la ultraderecha es un magma en ebullición que muta fácilmente y que su conservadurismo no impide que maneje con gran habilidad la guerrilla comunicativa en las redes sociales para blanquear su imagen. Su rebeldía «sin complejos» contra lo «políticamente correcto» y el poder de «las élites» la adorna de un halo revolucionario que la emparenta con las vanguardias históricas del dadaísmo cultural anarquista, como señala el escritor Carlos Granés (Salvajes de una nueva época). Vox es el partido que más usa TikTok para comunicarse con la población joven. Agitar el fantasma del fascismo ante personas que no lo han conocido ni lo reconocen en Vox, que viven desconectadas de la realidad en la ficción de las redes sociales y que en un 60% aseguran que ningún político las representa, no resulta útil. La izquierda está obligada también a repensar sus políticas y sus estrategias.

Los caladeros de la ultraderecha no se hallan en el fascismo histórico, sino más cerca, en los perdedores de la globalización. La gran crisis financiera de 2008, la pandemia y la

carestía derivada de la guerra en Ucrania han generado brechas sociales y un incremento creciente de las desigualdades. Los periodos de bonanza no revierten la situación y las medidas de protección social tan solo palian la miseria. Hay muchas personas con un malestar profundo que se sienten decepcionadas por la democracia, la política y la izquierda, tanto por la socialdemócrata, a la que ven como parte del establishment, como por la izquierda alternativa, centrada en cuestiones identitarias tribales que rechazan, cuyo lenguaje no entienden o no les interesa, y que tampoco creen preocupada por sus problemas reales. El discurso antigubernamental y antisistema de la ultraderecha, simple pero efectivo, prende tanto en los suburbios urbanos como en la España des- poblada agrícola, que se siente postergada y sometida a crecientes regulaciones medioambientales y que ve en el negacionismo de Vox un defensor de sus intereses. En ambos casos, la izquierda y sus políticas son el chivo expiatorio.

Abordar con decisión estos problemas supondría avanzar hacia una sociedad más igualitaria y justa, al tiempo que abrir una espita que vaya vaciando el pantano de demagogia, prejuicios, intolerancia y miedos en que pesca la ultraderecha.